El precio infinito de nuestra redención y el misterio tremendo de la Cruz

Hay palabras que, por haberlas repetido tantas veces, corren el riesgo de dejar de estremecernos.

“Padeció bajo el poder de Poncio Pilato; fue crucificado, muerto y sepultado.”

Las pronunciamos en cada Credo. Las oímos desde niños. Las sabemos de memoria.

Pero si comprendiéramos verdaderamente lo que encierran… caeríamos de rodillas.

Porque aquí no estamos simplemente ante una frase doctrinal: estamos ante el centro mismo de la historia humana. Aquí se concentra el drama del pecado, la justicia divina, el amor infinito de Dios, la derrota de Satanás y el rescate del hombre.

El cuarto artículo del Credo no es un detalle secundario de nuestra fe. Es el corazón sangrante del cristianismo.

Sin la Pasión, no hay redención.
Sin la Cruz, no hay salvación.
Sin la Sangre del Cordero, no hay esperanza.

I. “Padeció”: una palabra pequeña para un océano de dolor

El catecismo enseña que la palabra “padeció” expresa todas las penas que Jesucristo sufrió en su Pasión.

Y aquí conviene detenernos profundamente.

No dice simplemente que “murió”. Dice primero que “padeció”.

Porque Cristo no vino solo a morir, sino a sufrir voluntariamente por amor.

Desde Getsemaní hasta el Calvario, Nuestro Señor abrazó una cadena de dolores físicos, morales, espirituales y místicos imposibles de medir plenamente:

1. Padecimiento físico

- La agonía en el Huerto, hasta sudar sangre.
- Los azotes brutales en la columna.
- La coronación de espinas.
- Los golpes, bofetadas y escupitajos.
- El peso de la Cruz.
- La crucifixión con clavos.
- La asfixia progresiva.
- La lanzada final.

2. Padecimiento moral

- La traición de Judas.
- El abandono de muchos discípulos.
- La negación de Pedro.
- Las burlas del pueblo.
- La cobardía de Pilato.
- La humillación pública.

3. Padecimiento espiritual

Cristo, cargando misteriosamente con los pecados del mundo, quiso experimentar el peso de la separación que el pecado causa:
“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

No porque el Padre realmente abandonara al Hijo en su divinidad, sino porque Cristo quiso beber hasta el fondo el cáliz del sufrimiento humano.

II. ¿Murió Dios?

Aquí entramos en uno de los misterios más sublimes de la teología católica.

Jesucristo murió en cuanto hombre, no en cuanto Dios.

La naturaleza divina es impasible e inmortal. Dios no puede dejar de ser.

Pero Jesucristo es una sola Persona divina con dos naturalezas:

- Verdadero Dios
- Verdadero hombre

Su cuerpo murió realmente. Su alma humana se separó de su cuerpo. Pero su divinidad permaneció unida a ambos.

Este punto es fundamental.

No murió simplemente un hombre bueno.
No murió un profeta.
No murió un mártir cualquiera.

Murió el Verbo Encarnado en su naturaleza humana.

Por eso cada gota de sangre tiene valor infinito.

III. Poncio Pilato: el símbolo eterno del respeto humano y la cobardía política

El Credo menciona a Poncio Pilato por nombre. Esto no es casual.

Pilato representa a todos aquellos que reconocen la verdad, pero se someten a la presión del mundo.

Sabía que Cristo era inocente. Lo declaró públicamente. Quiso lavarse las manos.

Pero cedió.

Aquí hay una lección actualísima.

¿Cuántos hoy saben lo que es verdad, pero callan por miedo?
¿Cuántos prefieren agradar a la multitud antes que defender a Cristo?
¿Cuántos, por conservar poder, prestigio o aceptación social, vuelven a condenarlo?

Pilato no fue solo un personaje histórico.

Pilato revive cada vez que la verdad se sacrifica por conveniencia.

IV. La Cruz: el suplicio más cruel y más glorioso

La crucifixión romana era el castigo más brutal y humillante.

No solo buscaba matar, sino degradar.

Era una muerte:

- Pública
- Lenta
- Dolorosa
- Vergonzosa

Y precisamente esa eligió Cristo.

¿Por qué?

Porque quiso descender hasta lo más hondo de nuestra miseria para redimirlo todo.

La Cruz, instrumento de tortura, se convirtió en trono.
La vergüenza se convirtió en gloria.
La derrota aparente se convirtió en victoria eterna.

Por eso el católico no ve la Cruz como un mero símbolo decorativo. La ve como el altar donde se pagó su rescate.

V. ¿Podría Jesús haberse librado?

Sí. Absolutamente.

Con una sola palabra habría derribado a sus enemigos.

Ya lo mostró en Getsemaní cuando dijo “Yo soy” y cayeron por tierra.

Cristo no fue víctima impotente. Fue Sacerdote y Víctima voluntaria.

Nadie le quitó la vida. Él la entregó.

Aquí resplandece el verdadero amor:
No amar cuando no queda otra opción…

Sino elegir sacrificarse pudiendo evitarlo.

VI. ¿Por qué tenía que ser Dios y hombre?

Esta pregunta toca el núcleo de la redención.

El pecado ofende a Dios, cuya majestad es infinita.
Por tanto, la reparación debía tener valor infinito.

Pero el hombre había pecado, así que el hombre debía pagar.

Problema:
El hombre finito no puede ofrecer satisfacción infinita.

Solución divina:
El Hijo de Dios se hace hombre.

Como hombre, puede sufrir.
Como Dios, su sufrimiento tiene mérito infinito.

Solo Jesucristo podía tender el puente.

Ni un ángel bastaba.
Ni toda la humanidad junta.
Ni siglos de penitencia.

Solo el Dios-Hombre.

VII. ¿Era necesario tanto sufrimiento?

Teológicamente, no.

El menor acto de Cristo tenía valor infinito.

Una sola lágrima habría bastado.

Entonces, ¿por qué tanto dolor?

Porque quiso:

1. Mostrar la gravedad espantosa del pecado

Si el pecado fuera poca cosa, ¿habría sido necesario tal precio?

2. Manifestar el amor sin medida de Dios

La Cruz responde para siempre a quien dude del amor divino.

3. Mover nuestro corazón a la conversión

Cada herida grita:
“Así te amo.”
“Así de grave es el pecado.”
“No vuelvas a crucificarme.”

VIII. Las siete palabras desde la Cruz: testamento eterno

Desde el madero, Cristo:

- Perdona a sus verdugos.
- Promete el Paraíso al buen ladrón.
- Nos entrega a María como Madre.
- Expresa su sed.
- Manifiesta el cumplimiento.
- Entrega su espíritu.

En el Calvario nace también nuestra maternidad espiritual:
“Ahí tienes a tu Madre.”

María no es un accesorio sentimental. Es regalo de Cristo crucificado.

IX. Los prodigios de su muerte: la creación tiembla

Cuando Cristo muere:

- El sol se oscurece.
- La tierra tiembla.

- El velo del templo se rasga.
- Los sepulcros se abren.

La naturaleza responde porque su Creador está siendo inmolado.

El velo rasgado anuncia algo inmenso:
El acceso a Dios queda abierto por la Sangre del Cordero.

X. Fue sepultado: la realidad total de su muerte

Cristo fue verdaderamente sepultado.

No aparentó morir.
No desmayó simplemente.
No fue un símbolo.

Murió de verdad.

El sepulcro nuevo confirma la realidad histórica de su muerte… y prepara la gloria incomparable de la Resurrección.

XI. Murió por todos… pero no todos se salvan

Aquí la teología católica es clara:

Cristo murió por todos sin excepción.
Su sacrificio es suficiente para todos.
Pero no todos aceptan sus frutos.

La salvación no se impone.

Muchos rechazan:

- La fe
- La conversión
- Los sacramentos
- La obediencia

La Cruz abre la puerta.

Pero cada alma debe entrar.

XII. Los sacramentos: aplicación viva de la Pasión

La Iglesia enseña algo esencial: no basta con saber que Cristo murió.

Los méritos de su Pasión deben aplicarse personalmente.

¿Cómo?
Principalmente por los sacramentos:

- Bautismo
- Confesión
- Eucaristía
- etc.

Los sacramentos no son rituales vacíos; son canales de la Sangre de Cristo.

Despreciarlos es rechazar el remedio.

XIII. La gran tragedia moderna: querer a Cristo sin Cruz

Hoy muchos quieren un Jesús inspirador, pero no crucificado.
Un Jesús terapeuta, pero no Redentor.
Un Jesús tolerante, pero no Salvador.

Pero el Credo no dice:
“Fue admirado, aplaudido y comprendido.”

Dice:
“Padeció… fue crucificado…”

El cristianismo sin Cruz no salva.
La fe sin sacrificio se vacía.
La religión sin expiación se convierte en sentimentalismo.

XIV. ¿Qué exige de nosotros este artículo?

1. Horror al pecado

Cada pecado mortal grita “Crucifícalo”.

2. Gratitud infinita

No fuimos comprados con oro, sino con Sangre.

3. Unión con nuestros propios sufrimientos

Cuando sufrimos unidos a Cristo, la Cruz se vuelve camino de santificación.

4. Fidelidad

No basta emocionarse ante el Crucificado. Hay que seguirlo.

Conclusión: Mirar la Cruz hasta comprender quiénes somos

El cuarto artículo del Credo nos enseña dos cosas inseparables:

El horror del pecado

y

La inmensidad del amor divino

Mira la Cruz y entenderás cuánto cuesta el pecado.
Mira la Cruz y entenderás cuánto vales para Dios.

No eres un accidente.
No eres una estadística.
No eres desecho.

Eres un alma por la que Cristo aceptó:

- el látigo,
- las espinas,

- los clavos,
- la sed,
- la lanza,
- el sepulcro.

Cada Viernes Santo, el universo entero parece susurrar:

“No fue el hierro lo que sostuvo a Cristo en la Cruz… fue el amor.”

Y ahora la gran pregunta no es solo:
“¿Qué sufrió Cristo?”

Sino:
“¿Qué haré yo con ese sacrificio?”

Porque ante la Cruz nadie permanece neutral.
O la abrazas…
O la desprecias.

Pero de esa respuesta depende la eternidad.